

El emperador de Occidente

Juan-José López Burniol, notario (EL PERIODICO, 24/09/04).

John K. Galbraith reunió --en un libro titulado *Con nombre propio*-- las semblanzas de 12 personajes que trató o conoció. De **Franklin y Eleanor Roosevelt** a **John y Jacqueline Kennedy**, pasando por **Truman, Stevenson, Nehru, Harriman** y otros. **Galbraith** siempre se muestra encantado de haberse conocido. Aquí no es una excepción. Omnisciente y seguro de sí mismo, su sombra casi oscurece el perfil de sus biografiados. Pero todo libro tiene siempre algún interés y, en este caso, resulta sugestivo el perfil que **Galbraith** traza de **Adlai Stevenson**, contraponiéndolo a **Truman**.

Escribe **Galbraith**: "La expresión popular habla de **Harry Truman**, no del presidente **Truman**, ni del presidente. Las ventajas que eso confiere era algo que no comprendíamos los que asistimos a aquel sarao de noche electoral en Cambridge (en casa de **Arthur Schlesinger Jr.**) cuando **Thomas E. Dewey** perdió inesperadamente las elecciones frente a **Truman**. Y no lo entendimos mejor cuando **Adlai Stevenson** fue nombrado más tarde candidato. Muy favorecido, incluso amorosamente favorecido, por la élite académica de todo el planeta, **Stevenson** no se identificaba con la población ni con los votantes como conjunto. Era débil donde **Truman** tenía fuerza".

Y, MÁS adelante, añade: "**Stevenson** era una persona cautivadora. Nadie se entrevistó con **Stevenson**, o lo escuchó en reuniones íntimas, sin una sensación de placer. Lamentablemente no llegaba de la misma manera a las grandes audiencias. Como ya hemos observado, **Truman** era del pueblo mientras que **Stevenson** se situaba aparte y arriba. Miraba con ligera desaprobación a los políticos como **Truman** y, más tarde, los **Kennedy** que, en modales, discurso y programa, buscaban identificarse con las masas y ser aceptados por éstas. Esto no era para él. **Stevenson** era un líder situado por encima de las ordinariencias de la escena política".

He recordado este texto al leer la lenta ventaja que **Bush** va consolidando día a día frente a **Kerry**. La historia nunca se repite, pero sí pueden destacarse a veces rasgos comunes en situaciones diversas. Por ello, si bien **Bush** no tiene el buen sentido ni la última punta de fortaleza de **Truman** --aquella que le hizo parar los pies a **MacArthur** en Corea-- y el estólido **Kerry** carece de la sólida formación y del encanto minoritario de **Stevenson**, lo cierto es que el populismo barato del actual presidente, así como su constante apelación al voto del miedo, se va imponiendo a la mayor contención del candidato demócrata y a la superior racionalidad de su programa.

Y eso que, en el fondo, **Bush** ni tan siquiera es un populista auténtico, sino tan sólo un chico mal de casa bien que, tras una conversión repentina, ha pasado a ser el mascarón de proa de una poderosa conjunción de intereses cuya decisiva intendencia ideológica --muy bien remunerada, por cierto-- desempeña el grupo *neocón*. Es posible, por tanto, que se repita una vez más la historia y **Bush** renueve su mandato con el apoyo decisivo de los evangelistas y los cristianos conservadores dominantes en el sur.

Ahora bien, una cosa es que **Bush** se mantenga como emperador de Occidente y otra muy distinta que la convención republicana le haya presentado como un nuevo **Churchill**. En efecto, así lo hizo el expeditivo exalcalde de Nueva York **Giuliani** al afirmar que, al igual que "**Churchill** vio los peligros de **Hitler** cuando sus rivales y la mayor parte de la prensa lo tildaban de irresponsable belicoso, **Bush** considera el terrorismo internacional como el mal que es", por lo que "será perseverante para derrotarlo". Pero, frente a este exceso, debe recordarse que **Churchill** jamás

postuló una guerra preventiva contra la Alemania hitleriana, sino que primero exigió un rearme que facilitase la defensa británica ante una agresión nazi que siempre juzgó inevitable y lideró luego, cuando la agresión se produjo, la magnífica resistencia del Reino Unido.

CHURCHILL NO era unilateralista. Así, cuando Italia ocupó Abisinia, dijo: "Debemos cumplir con nuestro deber, pero debemos hacerlo juntamente con otras naciones. No somos lo bastante fuertes --lo digo con conocimiento de causa-- para ser el legislador y el portavoz del mundo". Y en 1936, para definir la que según su juicio debía ser la posición británica ante las sucesivas tropelías nazis, afirmó: "Nuestra política es que nos adherimos al pacto de la Sociedad de Naciones, ésa es nuestra roca. Ni en el más mínimo grado permitiremos ser separados de ella o tallados de ella en ningún aspecto". Esta convicción --comenta **Roy Jenkins**, su biógrafo-- no debilitó su convicción de que la piedra angular de cualquier política efectiva de la Sociedad de Naciones debía ser la de un Ejército británico más fuertemente armado. O sea, nada que ver con **Bush**.

Las cosas vienen como vienen y quizá tendremos que soportar a **Bush** otros cuatro años como penoso emperador de Occidente. Ya reconoció **Adriano** --a través de la pluma de **Marguerite Yourcenar**-- que "la existencia demuestra que a pesar del infinito cuidado en la elección de nuestros sucesores, los Césares mediocres serán siempre los más numerosos, y que por lo menos una vez por siglo un insensato llega al poder". Está claro que nos ha tocado la china. Ahora bien, EEUU pagará seguramente un alto precio por cuatro años más de una política exterior agresiva, fundada en el concepto equívoco de guerra preventiva, que no hace más que encubrir de modo vergonzante su unilateralismo, al servicio exclusivo de los intereses nacionales norteamericanos concretados en el control del comercio mundial.

Dos preguntas nos ponen en la pista de este futuro incierto. 1) ¿Son de veras nacionales los intereses defendidos por los *neocons* que usufructúan el poder con tan desvergonzada e incontinente prepotencia? 2) ¿Será sostenible a medio plazo esta política, con un déficit ya crónico de la balanza comercial norteamericana, sólo compensado por las transferencias exteriores?

Como dicen los anglosajones con razón, no se puede pretender engañar a todo el mundo toda la vida. Este prodigio no está ni tan siquiera al alcance del emperador de Occidente que un día proclamó, sobre la cubierta de un portaviones y disfrazado de guerrero, el fin de una guerra que nunca debió comenzar y que aún sigue, día tras día, generando dolor, destrucción y muerte.